



## La facultad de filosofía y letras de García Morente

Juan Padilla Moreno<sup>1</sup>

Recibido: 29 de agosto 2022 / Aceptado: 28 de noviembre de 2022

**Resumen.** Uno de los mayores logros de la Segunda República española en el ámbito de la educación fue sin duda la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, de la que fue decano Manuel García Morente. El artículo centra la atención sobre todo en la Sección de Filosofía, analizando las claves de su éxito. Entre ellas hay que destacar la existencia de un profesorado extraordinario (Zubiri, Gaos, Zambrano) intelectualmente encabezado por Ortega y sabiamente coordinado por el mismo Morente. Será clave también la organización de la docencia, en la que resulta muy visible la mano de Morente, así como la construcción del nuevo edificio de la Facultad y el fomento de la vida universitaria, con iniciativas como el crucero por el Mediterráneo del año 1933. Fue en muchos sentidos una institución ejemplar, destruida por la Guerra Civil, pero de la que no todo se perdió.

**Palabras clave:** Segunda República española; Universidad de Madrid; Escuela de Madrid; García Morente; Ortega.

### [en] The García Morente's Faculty of Philosophy and Letters

**Abstract.** One of the most relevant milestones in the field of Education achieved by the Second Spanish Republic was the School of "Filosofía y Letras" of the University of Madrid, led by its dean García Morente. This article primarily focuses on the "Sección de Filosofía" by analysing the reasons behind its success. Among them, it is worth highlighting the presence of an extraordinary group of Faculty members (Zubiri, Gaos, Zambrano), intellectually guided by Ortega and wisely coordinated by Morente. Another crucial point was the organisation of teaching, which was clearly influenced by Morente, as it was the construction of the School's new building and the encouragement of college life, with initiatives like the voyage through the Mediterranean in 1933. In many respects, it was an exemplary institution, destroyed by the Civil War, but not entirely lost.

**Keywords;** Second Spanish Republic; University of Madrid, Madrid School of Philosophy; García Morente; Ortega.

**Sumario:** 1. Los orígenes; 2. Los profesores; 3. La organización; 4. La vida universitaria; 5. Lo que se ha perdido y lo que no; 6. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Padilla Moreno, J. (2024): "La facultad de filosofía y letras de García Morente", en *Revista de Filosofía* 49 (1), 151-165.

<sup>1</sup> Universidad a Distancia de Madrid  
juan.padilla@udima.es

El 15 de septiembre de 1931, mientras las Cortes Constituyentes de la República debatían sobre el futuro de la nación, se aprobaba un nuevo plan de estudios para la Facultades de Filosofía y Letras de Madrid y Barcelona, a las que se concedía “un régimen de excepción”, como “ensayo de futuras reformas de la Universidad”<sup>2</sup>. El plan fue llevado a la práctica en Madrid por Manuel García Morente, verdadero padre del proyecto y alma de su ejecución. El 27 de enero de 1932, cuando no hacía aún dos meses que España contaba con una nueva constitución, fue elegido decano de la Facultad “por aclamación”. La reforma de la educación fue desde el primer momento, como es sabido, una de las prioridades de la Segunda República. En este terreno se cometieron ciertamente errores y aciertos. Pero de todos los aciertos, que fueron muchos, ninguno lo fue tanto como esta Facultad al frente de la cual el destino puso a García Morente y que acabó de manera traumática el verano de 1936 con el inicio de la Guerra Civil.

## 1. Los orígenes

La Facultad de Filosofía y Letras de García Morente fue cualquier cosa menos una feliz improvisación, algo pergeñado rápidamente al amparo de unas circunstancias favorables. El origen del proyecto se remonta muy atrás en el tiempo. Durante el siglo XIX se habían producido en España, como en otras partes, repetidos intentos de centralización, secularización y modernización de la enseñanza universitaria, con éxito desigual. Hay que recordar que el XIX fue en toda Europa el gran siglo del florecimiento de las universidades, que habían atravesado durante los siglos XVI, XVII y XVIII, durante toda la Edad Moderna, un largo periodo de irrelevancia y decadencia. Ni Descartes ni Spinoza ni Locke ni Leibniz crearon su pensamiento en la Universidad. Algo muy distinto de lo que ocurre en la Edad Media. El siglo XIX, sin embargo, supone el resurgimiento de las universidades; es, junto al siglo XIII, un segundo siglo de oro para ella. Hay, no obstante, una diferencia decisiva y sintomática: detrás de las universidades del siglo XIX estarán los estados nacionales.

En este contexto es en el que se crea la Universidad de Madrid, que es en realidad un reflatamiento de la de Alcalá de Henares. Se quiso que la de Madrid fuera la Universidad Central, y así se la llamó desde 1850. Pero, como heredera de la desamortización que era, hubo de instalarse a menudo en antiguos conventos mal acondicionados; como ocurrió con el conocido como Caserón de San Bernardo, antiguo noviciado de los jesuitas, que albergó a la Facultad de Filosofía y Letras hasta su traslado a la Ciudad Universitaria en 1933.

El fracaso de los intentos de modernización y secularización llevó, como es sabido, a la creación por Francisco Giner de los Ríos en 1876 de la Institución Libre de Enseñanza, con el fin de intentar hacer fuera de la universidad lo que no era posible hacer dentro; es decir, con el fin de mantener la vocación, la esencia universitaria, pese a la universidad. No era la primera vez que ocurría. Recuérdese que tanto el Humanismo como la Ilustración fueron, en toda Europa, movimientos intelectuales extrauniversitarios. Francisco I tuvo que crear en 1530 el Colegio de Francia, al margen de los estudios oficiales, justamente para que se enseñaran los saberes que la universidad desdeñaba: el griego y el hebreo, por ejemplo. Por eso

---

<sup>2</sup> Cf AA.VV. (2008), p. 193.

su divisa era *Docet omnia*. Y por lo mismo se difundieron más tarde, en los siglos XVII y XVIII, las reales academias... Cuando las necesidades son apremiantes, y las estructuras existentes se han quedado anquilosadas, la sociedad se crea sus propios órganos *ad hoc*.

La labor realizada por la Institución Libre de Enseñanza es incalculable. Desde fuera de la universidad, pero con marcada vocación universitaria, insisto, fue poco a poco inspirando, gracias a unas cuantas figuras ejemplares, la política universitaria española. Por inspiración de ella se creó en 1907 la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, presidida por Ramón y Cajal hasta su muerte en 1934 y admirablemente gestionada y animada por José Castillejo, que fue clave para la renovación, modernización y elevación del nivel del profesorado universitario en España. En el seno de la Junta se constituye en 1910 el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal, cantera de los mejores historiadores. Ese mismo año la Junta crea también la famosa Residencia de Estudiantes, dirigida por Alberto Jiménez Fraud, que fue modelo de convivencia universitaria y foco de irradiación cultural y científica dentro y fuera de España. Cinco años más tarde, en 1915, la Residencia de Señoritas, al frente de la cual estará María de Maeztu, que dará el tono de lo que será la figura emergente entonces de la estudiante universitaria. Todo esto habría sido imposible sin la Institución Libre de Enseñanza.

Todas estas iniciativas irán confluyendo en la creación de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República. Poco a poco, durante las tres primeras décadas del siglo XX se fue renovando, según lo apuntado, el ambiente en las universidades españolas, se fue haciendo sentir cada vez más la necesidad de una profunda renovación pedagógica, se fueron creando laboratorios, se fueron alentando iniciativas de investigación y estudio al más alto nivel. Desde 1919 se reconoció la plena autonomía de las universidades en España, condición necesaria para su desarrollo, pero que no siempre estas estaban preparadas para ejercer. A la universidad de Madrid se fueron incorporando nuevos catedráticos, formados en el extranjero gracias a la Junta para Ampliación de Estudios, cercanos a la Institución Libre de Enseñanza y con una mentalidad nueva. Por limitarnos a la filosofía, 1910 gana Ortega la cátedra de Metafísica; en 1912 obtiene García Morente la de Ética: serán los dos grandes pilares de la reforma; luego vendrán Zubiri, Gaos, Zambrano...

Cuando en 1931 se elabora el nuevo plan de estudios para la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, del que Morente será principal artífice, este llevaba ya muchos años trabajando en la reforma universitaria, había ocupado algunos cargos políticos en el ámbito de la educación y había sido responsable de algunos de los nuevos "fichajes", como el de Zubiri. Tenía pues experiencia no solo en la docencia sino también en la gestión y la administración, que, dicho sea de paso, no había alcanzado todavía, ni de lejos, el grado de burocratización que ha alcanzado en la actualidad. Contaba además con profesores del máximo nivel.

Tenía entonces Morente 45 años. Se había formado en Francia y en Alemania. En París había sido oyente de Bergson, que gozaba por aquel tiempo de gran prestigio y autoridad intelectual. Luego había entrado en estrecho contacto con la Institución Libre de Enseñanza. El trato y la convivencia con Ortega serán sobre todo para él decisivos. Era casi coetáneo suyo. Ortega había nacido en 1883; Morente, en 1886. Sin embargo, tuvo con él una relación netamente discipular, reforzada además por

“veintisiete años de convivencia diaria, de compenetración íntima”<sup>3</sup>. “Vi en él, veo en él”, escribe Morente con ocasión de las bodas de plata de Ortega en la cátedra, “el tipo perfecto del pensador. El pensador es, en efecto, el hombre que ha tomado por oficio la tarea de pensar, es decir, de representarse uno tras otro los problemas primarios de la vida y del ser, de reducirlos a términos claros, y de describir con pulcritud lo que percibe interiormente. Al pensador se le reconoce en seguida por una característica que le es propia: no se le sorprende jamás improvisando. Cualquiera que sea el tema que se le plantee, produce siempre la impresión de que sobre ese tema precisamente ha meditado con larga y minuciosa insistencia. Y esa impresión se completa con esta otra: que su meditación sobre el tema planteado viene de muy lejos, procede de senos profundos de la realidad viva, constituye una aplicación, confirmación o consecuencia de una concepción radical, primaria, de la vida y del ser”<sup>4</sup>.

Ortega no solo fue el maestro intelectual de Morente y, según vamos a ver, de otros muchos de los que se reunieron en la Facultad. Fue también el inspirador directo del modelo de universidad que se quiso hacer realidad. Su libro *Misión de la universidad*, publicado en 1930, servirá, en efecto, de ideario y plan de actuación. En él se establecen como objetivos de la enseñanza universitaria: 1) la formación profesional superior, 2) la investigación, sin la cual la universidad está condenada al anquilosamiento, y 3), como tarea más urgente, radical y necesaria, la transmisión de la cultura viva, del “sistema de ideas *desde* las cuales el tiempo vive”, el “repertorio de nuestras *efectivas* convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones”<sup>5</sup>. En la consecución armoniosa de estos objetivos, se centrará, como vamos a ver, la Facultad de Morente, asentada, además, en otros dos principios pedagógicos orteguianos: el de la “economía de la enseñanza”, según el cual “no se debe enseñar sino lo que se puede de verdad aprender”, y el no menos decisivo e igualmente realista, de la “falsedad del estudio”: “Vamos a estudiar Metafísica”, dice Ortega a sus alumnos a comienzo del curso 1932-33, “y eso que vamos a hacer es, por lo pronto, una falsedad. La cosa es, a primera vista, estupefaciente, pero el estupor que produzca no quita a la frase la dosis que tenga de verdad. En esa frase –nótenlo ustedes– no se dice que la Metafísica sea una falsedad: esta se atribuye no a la Metafísica, sino a que nos pongamos a estudiarla”<sup>6</sup>. A partir del reconocimiento de estas limitaciones puede la docencia ser eficaz. En ellas residirá, en efecto, una de las claves del éxito de la Facultad.

## 2. Los profesores

Antes de entrar a analizar la organización de los estudios en la Facultad, es menester demorarse algo en la consideración del profesorado, otra clave absolutamente decisiva de su éxito. Se ha dicho de Morente que era discípulo de Ortega y estaba impregnado de su pensamiento; pero no se ha dicho nada todavía de su calidad como docente. Todos los testimonios coinciden en su claridad expositiva, que era

---

<sup>3</sup> AA.VV. (1990), p. 16.

<sup>4</sup> AA.VV. (1990), p. 17.

<sup>5</sup> Ortega y Gasset (2005), p. 556.

<sup>6</sup> Ortega y Gasset (2008), p. 555.

proverbial. Me limitaré a recoger uno, el de Julián Marías: “Como profesor, era de una claridad incomparable: el reverso de Zubiri. Entraba a cuerpo limpio en los problemas, sin estar ‘seguro’, sin temor a perderse. (...) casi siempre sobre los textos analizados con nosotros, en diálogo animadísimo”<sup>7</sup>.

“... el reverso de Zubiri...”. Zubiri era, en efecto, en cierto sentido, un antipedagogo. Era nervioso, llegaba tarde a clase, “hablaba muy de prisa, en voz baja, paseando de un lado a otro”<sup>8</sup>. Así recuerda Marías su primer encuentro con él en el aula: “Me senté al lado de una muchacha muy guapa, que había asistido a la primera clase, y le pregunté: ‘¿Qué tal?’ Me contestó, literalmente: ‘Estupendo. No se entiende una palabra’. No había ironía en la respuesta: ni esa chica, ni casi ningún alumno, habían entendido, pero tenían la impresión de que era estupendo. El talento de Zubiri era evidente; su pasión intelectual, también; su desdén por la pedagogía, manifiesto. Hablaba de lo que le interesaba, sin miramientos”<sup>9</sup>. “Donde Zubiri manifestaba toda la potencia de su saber”, escribe por su parte Manuel Mindán, “era en los seminarios”<sup>10</sup>. Su método pedagógico, si se puede denominar así, consistía más en dar dificultades que facilidades, según explica Marías en otro lugar<sup>11</sup>. Aplicaba una suerte de terapia de choque: el que podía superar sus clases es que tenía verdadera vocación para la filosofía.

Zubiri era sacerdote y se había formado en la escolástica. Era discípulo de Juan Zaragüeta, incorporado también a la Facultad en la sección de Pedagogía. Pero desde que conoció a Ortega, muy joven, entró en su órbita intelectual. Algunos han puesto en duda que fuera realmente discípulo de Ortega, pero él mismo, con ocasión de las bodas de plata a las que antes me refería, escribe: “Fuimos, más que discípulos, hechura suya, en el sentido de que él nos hizo pensar, o por lo menos nos hizo pensar en cosas y en forma en que hasta entonces no habíamos pensado. (...) Y fuimos hechura suya, nosotros que nos preparábamos a ser mientras él se estaba haciendo. Recibimos entonces de él lo que ya nadie podrá recibir: la irradiación intelectual de un pensador en formación”<sup>12</sup>.

Otra figura clave de la Facultad será José Gaos, coetáneo de Zubiri, formado con Morente y, como este, también, directa e indirectamente, bajo el influjo de Ortega. Se incorporó a la Facultad en 1932 como catedrático de Introducción a la Filosofía. “Como profesor”, escribe Mindán, que fue alumno suyo, “su exposición oral, la voz y el gesto subyugaban; no se cansaba uno de oírle; se aprendía más escuchándole una hora que leyendo seis”<sup>13</sup>. Es muy significativo lo que nos cuenta Mindán de la actitud de Gaos como profesor, aunque esté referido a la Universidad de Zaragoza, donde estuvo antes que en Madrid. El clima general era allí, como en tantas universidades españolas, de mediocridad y apatía. Cuando Gaos se dio cuenta de que la mayoría de los alumnos no tenían ningún interés por la filosofía y no querían más que aprobar, propuso un trato: exigir a los desinteresados la asistencia a clase solo un día por semana, en el que se dedicaría especialmente a ellos, tratando temas generales, mientras que el resto, verdaderamente interesado, seguiría el ritmo normal de las

<sup>7</sup> Marías (1989), p. 113.

<sup>8</sup> Marías (1989), p. 100.

<sup>9</sup> Marías (1989), pp. 100s.

<sup>10</sup> Mindán (1995), p. 281.

<sup>11</sup> Cf Marías (1969), pp. 487-89.

<sup>12</sup> AA.VV. (1990), p. 25.

<sup>13</sup> Mindán (1995), p. 210.

clases; o, mejor dicho, seguiría un ritmo intensivo, porque en lugar de tres clases de una hora tendría clases todos los días, incluidos los sábados, con una hora y media de duración<sup>14</sup>. (Algo a lo que bien se puede llamar, dicho sea entre paréntesis, “atención a la diversidad”, sin igualar, sin rebajar exigencias ni escatimar esfuerzos).

Gaos decía de sí: “Estoy muy seguro de ser un profesor de Filosofía, pero lo estoy muy poco de ser un filósofo”<sup>15</sup>. De una cosa podemos estar seguros: tenía una profunda vocación por la enseñanza de la filosofía. Cuando más era él mismo era cuando estaba en presencia de los alumnos: “La profesión pedagógica”, escribe en sus *Confesiones profesionales*, “puede ser una de las que por poner esencialmente en relación, y específicamente psíquica, e íntima, con otros seres humanos, y por pedir esencialmente efusión, comunicatividad efectiva e intelectual, más puede servir para olvidarse de sí mismo y sentirse mejor. De mí he de confesar que quizá la única situación de la vida en que estoy prácticamente siempre de buen humor es la clase. Ya puedo tener preocupaciones, padecer duelos y quebrantos –no físicos, porque en materia de estos no aguanto nada–; a veces, yendo a dar clase, he ido repitiéndome que no me hallaba en estado de ánimo para darla; que mejor no la daba, regresaba, avisaba... Entrar en la clase, empezarla, y no acordarme ni de lo que venía repitiéndome, ni de qué lo motivara, todo uno”<sup>16</sup>.

Por otra parte, de que Gaos era también discípulo de Ortega, tampoco cabe dudar. Él mismo expuso, con suma delicadeza, generosidad y franqueza, en sus *Confesiones profesionales*, que venimos citando, las relaciones con su maestro, que no podemos entrar a detallar aquí. Pero hay que decir al menos que durante el tiempo que fue profesor en Madrid su trato con Ortega, nos dice él mismo, “alcanzó una asiduidad e intimidad que no podía ser mayor”<sup>17</sup>. “Durante años”, escribe, “he vivido en convivencia frecuentemente diaria con él. He sido el oyente de palabras o el interlocutor de conversaciones en que se precisaban sus propias ideas en gestación, he leído originales inéditos. Así, ya no sé si tal idea que pienso, si tal razonamiento que hago, si tal ejemplo o expresión de que me sirvo, lo he recibido de él, se me ocurrió al oírle o leerle a él, o se me ocurrió aparte y después de la convivencia con él. Alguna vez me ha sucedido comprobar que tal idea o expresión que consideraba como mía me la había apropiado de él, asimilándomela hasta el punto de olvidar su origen”<sup>18</sup>. No es necesario decir más, son palabras suficientemente elocuentes.

La última en nuestra lista de profesores será la última en incorporarse a la Universidad, María Zambrano, más joven que los anteriores, discípula de Zubiri y, por supuesto, de Ortega, del que nos dice: “No creo que nadie haya acudido a sus lecciones bajo la preocupación académica de ganar cursos, grados, oposiciones..., y si alguien lo hubiera hecho, estamos seguros de que antes de los primeros diez minutos de oír su lección habría ya olvidado su objetivo para sumergirse plenamente en el inquietante mundo de cuestiones que ante él desplegaba la palabra magistral”<sup>19</sup>. Y algo más adelante: “Escuchando las lecciones de Filosofía a Ortega, el principiante se sentía acometido (...) de una admiración angustiosa que le hacía a uno preguntarse: ¿Cómo es posible haber vivido sin saber que era necesario esto? Y esto era el afán

<sup>14</sup> Cf Mindán (1995), p. 205

<sup>15</sup> Gaos (1982), p. 45.

<sup>16</sup> Gaos (1982), p. 122.

<sup>17</sup> Gaos (1982), p. 82.

<sup>18</sup> Gaos (1982), p. 83.

<sup>19</sup> AA.VV. (1990), p. 63.

ilimitado, pero conducido metódicamente, de verdad”<sup>20</sup>. Y mucho después, muerto ya Ortega, escribe: “Estoy hace muchos años alejándome de ciertos aspectos de su pensamiento, de la Razón Histórica concretamente. Mi punto de partida es la [Razón] Vital, pero la he desenvuelto a mi modo. Eso no importa. Seré su discípula siempre”<sup>21</sup>.

Lo sorprendente de todos estos testimonios es que sabemos de quiénes vienen, todos ellos proceden, no de epígonos o meros repetidores escolásticos de las ideas de Ortega, sino de pensadores originales, con una fuerte personalidad propia, que en algún momento marcan claramente las distancias con Ortega, pero esto no les impide reconocerse discípulos y reconocerlo como maestro.

El resultado de todo esto era que se daba en la Facultad de Filosofía y Letras, en particular en la Sección de Filosofía, una gran confluencia doctrinal<sup>22</sup>, no cerrada en sí sino extraordinariamente abierta y sensible a todo lo mejor que se estaba haciendo en Europa, apoyada en una amistad sincera pero respetuosa de las individualidades. “Había una unidad de orientación histórica y doctrinal, una común valoración de personas y reconocimiento de jerarquías, y una labor articulada, en muchos casos verdadera colaboración”, dice Gaos<sup>23</sup>. Y Antonio Rodríguez Huéscar, perteneciente a la primera promoción de graduados con el nuevo plan, escribe por su parte: “No solo Morente; también nuestros maestros más jóvenes –Zubiri, Gaos– se habían formado en Ortega, de modo que se daba el caso peregrino, y probablemente único en los anales de la Universidad moderna, de que, al pasar de un aula a otra, seguíamos recibiendo a través de valiosísimas asimilaciones e interpretaciones, el influjo del mismo pensamiento (el orteguiano)”<sup>24</sup>.

### 3. La organización

Una vez revisado el material humano, el *staff* académico y el espíritu que reinaba, conviene que nos detengamos en algunos aspectos prácticos de la organización, porque en la letra pequeña, si se puede decir así, del Plan Morente está sin duda otra de las claves de su éxito. Se ha dicho que se pretendió crear una facultad a medio camino entre el modelo alemán, centrado en la investigación, y el modelo británico, cuyo objetivo principal era dotar a los estudiantes de una sólida base de cultura humanística y clásica. Sea como fuere, lo que se quiso ante todo fue hacer de la Universidad una institución con vida propia, diametralmente opuesta a la concepción tradicional de la universidad como una instancia burocrática, en la que se impartía una enseñanza rutinaria y cuyo principal objetivo era la expedición de títulos habilitantes para las profesiones liberales. Se tenía claro, además, que no se quería ofrecer una formación libresca (toda la tradición pedagógica de la Institución Libre

<sup>20</sup> AA.VV. (1990), p. 64.

<sup>21</sup> AA.VV. (2008), p. 233.

<sup>22</sup> No todos los profesores de la Sección de Filosofía se movían, por supuesto, en la órbita de Ortega. En el plantel de catedráticos figuraban otros, como Julián Besteiro (Lógica), Severino Aznar (Sociología), Manuel Hilario Ayuso (Estética) y Lucio Gil Fagoaga (Psicología Superior), que andaban por derroteros diferentes. Pero el centro de gravedad lo ocupaba sin duda el núcleo orteguiano, que ejercía una poderosa atracción también en otras secciones de la Facultad.

<sup>23</sup> Gaos (1990), p. 235.

<sup>24</sup> Rodríguez Huéscar (1994), p. 56.

de Enseñanza iba en contra de esto) ni meramente intelectual, sino una educación integral, respetuosa de la individualidad de los estudiantes y abierta a la sociedad. Y con todo ello, sumamente exigente.

La nueva Facultad tenía cuatro secciones: Filosofía, Letras, Historia y Pedagogía. Superado el examen de ingreso o el curso preparatorio, el alumno tenía entera libertad para configurar su plan de estudios. No tenía que asistir a clase ni examinarse por asignaturas. Cada uno se matriculaba en los cursos que quería y cuando quería. “El ‘interés personal’ y la ‘vocación’ de los estudiantes debían ser los elementos determinantes en la organización concreta, en cada caso, del propio plan de estudios”<sup>25</sup>. Se hacían dos exámenes a lo largo de toda la carrera (!): uno intermedio y otro final; exámenes que eran de carácter global, en los que se evaluaba la preparación general y la madurez intelectual.

El examen intermedio se podía solicitar cuando se quisiera, cuando uno consideraba que estaba preparado, en cualquiera de las dos convocatorias que había cada año; y consistía en una primera prueba escrita, eliminatoria, de latín y griego (o árabe), y una segunda oral, en la que se tenía que contestar a preguntas de filosofía, historia, literatura e historia del arte. Este examen era común para todas las secciones. Este examen intermedio garantizaba la base común, la formación humanística mínima. A partir de aquí empezaba la especialización.

Para presentarse al examen final, además de haber aprobado el intermedio, había que haber estado matriculado por lo menos tres cursos y haberse inscrito en las asignaturas principales sobre las que versaba el examen; pero no era necesario asistir a clase. “Los profesores”, nos cuenta Gaos, “tenían la obligación de dar un curso por lo menos sobre la materia de cuya cátedra eran titulares, o para la enseñanza de la cual estaban agregados a la facultad, o que ésta les había encargado. Y todos los profesores tenían el derecho de dar los demás cursos y sobre las materias que quisiesen, para preparación de los exámenes intermedio y final. Por su parte, a partir del primer examen, los alumnos podían elegir entre todos estos cursos libremente cada año, sin plan preestablecido por la Facultad, recibiendo sólo el consejo de ésta si lo solicitaban”<sup>26</sup>. Se daba así el caso de que dos o más profesores podían impartir la misma materia. Y los alumnos tenían entera libertad para ir a las clases de cualquiera de ellos, a las de ambos, o a la de ninguno de ellos. La clave estaba en que los profesores que las impartían no eran los que iban a examinar sobre las materias. Esto conllevaba una selección natural del profesorado, que los estudiantes escogían en función exclusivamente de su capacidad docente, ya que no podían esperar de los profesores más beneficio que el de su enseñanza. La razón es muy sencilla. El examen final, orientado ya a la propia especialidad y que seguía el mismo esquema que el intermedio (es decir, tenía una parte escrita, eliminatoria, y otra oral), se realizaba, esto es decisivo, ante un tribunal formado por cinco miembros. De este modo, los que asistían a clase lo hacían, no porque tal profesor fuera menos exigente o porque esperaran de él benevolencia en el examen (acaso por haber asistido a clase o haberlo adulado de algún modo), sino simplemente porque las clases les interesaban y les resultaban útiles. Por eso, escribe Julián Marías, otro de los estudiantes de la Facultad, “tal vez un catedrático numerario tenía ocho o diez alumnos y un ayudante trescientos, en dos grupos”<sup>27</sup>.

<sup>25</sup> Gaos (1982), p. 80.

<sup>26</sup> Gaos (1982), p. 251.

<sup>27</sup> Marías (1989), p. 99.

El examen final, por otra parte, era especialmente duro, era equiparable al de unas oposiciones: “Había cuatro pruebas escritas”, escribe Mindán, “de cuatro horas de duración cada una: la primera, contestación a un tema de Historia de la Filosofía; la segunda, traducción y comentario de un texto latino filosófico y de otro griego o árabe; la tercera consistía en responder a un tema de Psicología o de Lógica; y la cuarta sobre un tema de Ética, Estética o de Metafísica. Había después un examen oral ante un tribunal de cinco catedráticos, en que el examinando tenía que explicar y comentar oralmente dos textos de obras filosóficas, una perteneciente a la Antigüedad o a la Edad Media, y otra a la Edad Moderna, sacadas de los autores que hubieran figurado en el cuadro de las enseñanzas de los tres últimos años. Después el tribunal hacía preguntas sobre filosofía general y sobre las disciplinas filosóficas que no habían sido objeto de las pruebas escritas. Por último se hacían preguntas sobre la materia potestativa que el alumno hubiera escogido”<sup>28</sup>.

#### 4. La vida universitaria

A unos exámenes exigentes y, no menos importante, inteligentes, correspondía una docencia que todo contribuía a hacer no menos inteligente y exigente. Morente dedicaba tres horas semanales a su clase de Ética, de la que era catedrático. En la primera explicaba un tema a modo de clase magistral. En la segunda leía y comentaba un texto, que podía ser de Aristóteles, Kant, Brentano o Scheler. La tercera la dedicaba a criticar los trabajos escritos que encargaba a los estudiantes. Morente, cuenta Gaos, era el que pasaba los alumnos a Ortega: “‘Discriminaba’ realmente a los alumnos que habían de pasar a la clase de Ortega: es decir, le anticipaba a Ortega lo que podía esperar de cada uno; hacía que entrasen en relación con él, aun antes de tener que seguir sus cursos, aquellos que le parecían recomendables para ello. Era la manera normal, por decirlo así, de incorporarse decididamente a la escuela de Ortega”<sup>29</sup>.

Y ¿cómo era la docencia de Ortega, que era, según estamos viendo, el maestro de maestros? “En el último curso que tuvimos, escribe Mindán, comenzamos desde el primer día con un comentario a *La penseé et le mouvant* de Bergson. Un alumno (generalmente Rodríguez Huéscar) leía y traducía directamente, y a cada frase, muchas veces a cada palabra, era interrumpido por el profesor para señalar el alcance de un concepto, para hacer ver sus antecedentes y supuestos, para sugerir otras perspectivas, para excitar la iniciativa de los asistentes a expresar sus puntos de vista o para promover una discusión. De este modo no pasamos en todo el curso de comentar más que las cuatro o cinco primeras páginas del libro. En realidad el libro no era otra cosa que un pretexto sugeridor de temas”<sup>30</sup>. La impresión que causaba el magisterio de Ortega solía ser de absorción y profunda “emoción filosófica”. “Desde que comencé a oír la palabra de Ortega me di cuenta”, escribe Rodríguez Huéscar, “de que me hallaba en presencia de algo definitivamente importante, a saber: de la filosofía misma, *en vivo*, y en una de sus versiones históricas plenarias”<sup>31</sup>. “En Ortega –en su enseñanza–”, dice algo más adelante, “asistíamos, pues, a la *razón vi-viente*,

<sup>28</sup> Mindán (1995), pp. 272s.

<sup>29</sup> Gaos (1982), p. 80.

<sup>30</sup> Mindán (1995), p. 274.

<sup>31</sup> Rodríguez Huéscar (1994), p. 50.

en marcha, personalizada, haciéndose; Ortega no *tenía* una filosofía, sino que *la era*<sup>32</sup>. Y Marías: “La voz era extraordinaria, bien timbrada, modulada con destreza oratoria; parecía que lanzaba las palabras, dirigidas a cada oyente, y al final de las frases su voz se hacía más baja y expresiva. *Se lo veía pensar*. Creo que esto era la sustancia de la impresión que recibíamos”<sup>33</sup>.

Pero no se piense que su relación con los alumnos era distante, displicente o, de algún modo, hierática. “La intercomunicación entre Ortega y nosotros, sus alumnos, era”, escribe Huéscar, “permanente, y de una generosidad, abundancia y calor humano realmente extraordinarios. La clase era casi siempre un diálogo. Desde luego, lo era literalmente en los cursos de seminario. Pero inclusive en los cursos generales de exposición sistemática de su metafísica, la clase solía tener un delicioso complemento: el paseo en común que hacíamos desde la Facultad hasta Madrid, y en el cual Ortega, con una complacencia, y a veces también con una paciencia, a las que confieso que no siempre éramos acreedores, respondía a nuestras preguntas y objeciones, aclaraba puntos de la reciente lección, o, simplemente, conversaba con nosotros sobre nuestros problemas y ocupaciones”<sup>34</sup>.

No debe pasar desapercibido el hecho de que era posible matricularse como “oyente” (algo hoy casi incomprensible), al menos en algunos cursos de carácter más general. Y no hay que decir que en los de Ortega los “oyentes” eran numerosos (claro desmentido, dicho sea de paso, del manido tópico sobre aburrimiento inherente a la clase magistral, hoy machaconamente repetido por todo pedagogo que se precie). Sorprende saber también que unos profesores asistían a veces a las clases de otros o daban clases conjuntamente; por ejemplo, Gaos con Zubiri. A la clase que impartían Gaos y Montesinos sobre Teoría y Didáctica de la Literatura asistió alguna vez el mismo Ortega “sentándose en los bancos de los alumnos para ver según él ‘cómo resultaba una clase dada al alimón’”<sup>35</sup>.

En enero de 1933 se cumplió un sueño que respondía a una necesidad. Se trasladó por fin la Facultad de Filosofía y Letras del Caserón de San Bernardo al nuevo edificio, todavía sin terminar, de la Ciudad Universitaria. Esto obligaba a coger un autobús en Moncloa. Y lo mismo a la vuelta, salvo que se regresara a pie, como a menudo ocurría, en animada conversación con los profesores. Era un edificio funcional, luminoso, bien adaptado, con un agradable restaurante. Era además exclusivo para los estudiantes de la Facultad, lo que contribuyó a crear conciencia de grupo y fomentó la convivencia. Los alumnos eran conscientes, en general, de formar parte de una institución excepcional y se sentían privilegiados. El respeto era absoluto, entre ellos y con las cosas. Llamaba la atención a los que venían de fuera que al cabo de meses no se notara en el mobiliario, por ejemplo, la huella de los alumnos. Morente, que había supervisado personalmente las obras, “tenía tal entusiasmo por la Facultad”, escribe Mindán, “que la primera fotografía que se pudo hacer del edificio entero, la encuadró y la colocó en su habitación entre los retratos de sus dos hijas, como si fuese una hija más”<sup>36</sup>.

Se hizo lo posible por convertir la Facultad en un espacio de convivencia educativa entre alumnos y profesores. Se creó un agradable comedor, donde se sentaban juntos

<sup>32</sup> Rodríguez Huéscar (1994), p. 52.

<sup>33</sup> Marías (1989), p. 112.

<sup>34</sup> Rodríguez Huéscar (1994), p. 52.

<sup>35</sup> Mindán (1995), p. 281.

<sup>36</sup> Mindán (1995), p. 279.

unos y otros. A menudo el regreso a Madrid se hacía a pie, en animada conversación entre alumnos y profesores. Se organizaban veladas de música y baile... Esto fue posible porque se creó (e hizo posible que se creara) en la Facultad un ambiente selecto en el mejor sentido de la palabra; un ambiente de “camaradería correcta, delicada –dice Gaos–, no sólo entre los estudiantes de distinto sexo, sino entre los del mismo, bien diferente del trato tosco que solían darse los estudiantes varones de antaño en los cafetines, tabernas, salas de billar y otros juegos, y otros locales instalados precisamente en las inmediaciones de los universitarios”<sup>37</sup>.

“El fenómeno más expresivo en este sentido acaso fue”, sigue diciendo Gaos, “el del refinamiento de las alumnas de la Facultad. Casi me atrevería a decir que se formó un tipo de ‘alumna de la Facultad de Filosofía’ de una distinción peculiar”. Pero no se trataba de elitismo, señoritismo ni mucho menos cursilería; todo lo contrario: las numerosas muchachas que arribaban de las provincias impregnadas de cursilería, al poco tiempo quedaban transformadas. “Y a mí no me cabe duda: todo el ambiente pero particularmente esta feminidad, hizo que el estudiantón grosero, el profesor astroso, no arribaran a la Facultad o se esfumaran en ella”, concluye Gaos<sup>38</sup>. Y por numerosos testimonios posteriores de estudiantes sabemos que esta experiencia marcó perdurablemente la vida de muchos de los que pasaron por aquellas aulas.

Como complemento de la relación académica en la Facultad había además, para algunos, una tertulia en la sede de la Revista de Occidente. “Ortega se reunía con nosotros, a la sazón sus alumnos”, escribe Rodríguez Huéscar, “en la sede de la revista, en la Gran Vía, a horas diferentes de las de la tertulia ordinaria de ‘los mayores’”<sup>39</sup>.

El año 1933 fue verdaderamente el *annus mirabilis* de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. El verano de ese año, en que se había estrenado el nuevo edificio de la Facultad, se emprendió el crucero universitario, del que en seguida hablaremos, y se iniciaron los cursos de la Universidad Internacional de Verano de Santander. La Universidad de Verano de Santander era independiente de la Universidad de Madrid, pero estaba estrechamente ligada a ella, por su espíritu y por muchas de las personas que en ella participaron. Su sorprendente éxito, pese a su corta historia, resulta menos llamativo cuando se conoce la inspiración que la animó y quiénes estuvieron al frente de ella: Menéndez Pidal, Pedro Salinas, Blas Cabrera..., sin olvidar a García Lorca, que ofrecía todos los años, con su compañía, *La Barraca*, una serie de representaciones teatrales de obras españolas clásicas. Julián Marías, que pasó dos meses en la Universidad durante el verano del 34, la evoca con admiración y agradecimiento. Aquel año estuvo Unamuno, que dio lectura a su nueva obra: *El hermano Juan o El mundo es teatro*, y, sobre todo, paseaba y charlaba con los asistentes. Ese año no estuvo Ortega, que había estado el anterior, el verano de su inauguración, pero dieron cursos Zubiri y Gaos. El Universidad era verdaderamente internacional. Aquel verano impartieron cursos, por ejemplo, Maritain, Huizinga, Köhler y Schrödinger. “Era un taller de pensamiento, verdaderamente internacional”, escribe Marías, “el mundo se hacía presente en Santander”<sup>40</sup>. “Era algo asombroso; nunca había existido nada parecido”<sup>41</sup>. “Pocas veces he visto una convivencia más

<sup>37</sup> “La Segunda República y la enseñanza superior en España”, en Gaos (1990), p. 253.

<sup>38</sup> Gaos (1990), p. 254.

<sup>39</sup> Rodríguez Huéscar (1980).

<sup>40</sup> Marías (1989), p. 152.

<sup>41</sup> Marías (1989), p. 151.

espontánea, estimulante, inteligente, divertida, cortés. El ‘tirón hacia arriba’ –tan necesario, que tanto irrita a algunos– era constante”.

El verano de 1933, el mismo año que se iniciaban los cursos en Santander, como he dicho, la Facultad de Filosofía organizó para los estudiantes un crucero universitario por el Mediterráneo. El alma del proyecto fue, por supuesto, García Morente. Fue como la coronación de su labor y, al mismo tiempo, símbolo y compendio del espíritu de la Facultad. El 15 de junio zarparon de Barcelona en el *Ciudad de Cádiz* 190 personas, de las cuales 120 eran alumnos de la Facultad, con un numeroso componente femenino. 30 de ellos iban becados y más de 40 disfrutaban de medias becas. Durante mes y medio recorrieron las aguas del Mediterráneo visitando Túnez, Susa, Alejandría, El Cairo, Jerusalén, Constantinopla, Atenas, Siracusa, Nápoles y otras muchas ciudades. Iban acompañados por profesores, que durante la travesía impartían conferencias sobre los lugares y culturas que iban a visitar. Se había instalado en el barco una pequeña biblioteca. En todas partes contaban, además, con la asistencia de los representantes consulares y el acompañamiento de los mejores guías. De todo ello hay abundante documentación fotográfica, porque se convocaron premios a la mejor memoria geográfica y el mejor lote de fotografías. Disponemos además de interesantísimos testimonios escritos porque se instituyó también un premio de 2000 pesetas al mejor diario de viaje. Tres de ellos, los de Carlos Alonso del Real, Julián Marías y Manuel Granell se publicaron, parcialmente al menos, al año siguiente en un libro titulado *La juventud en el mundo antiguo*, editado por Espasa-Calpe. El de Rodríguez Huéscar se descubrió y publicó hace poco<sup>42</sup>. Sorprende en ellos la seriedad y madurez de quienes eran, al fin y al cabo, jovencísimos estudiantes universitarios... No se trataba, ciertamente, de lo que muchas veces hoy se entiende por viaje de fin de carrera o, más exactamente en este caso, de paso del ecuador.

El mismo García Morente resumía así en una “memoria” los resultados del crucero: “Me atrevo a asegurar que los frutos de este crucero han de ser extraordinarios para la formación espiritual de todos los que a él han asistido. La visión intuitiva de esos parajes orientales, cuna de nuestra civilización y teatro de los más importantes acontecimientos históricos y culturales; (...) todo eso, visto directamente, estudiado, anotado en los cuadernos de diario, sustentado además en las explicaciones y conferencias de doctos maestros, no puede por menos de haber dejado en los espíritus juveniles huellas imborrables y alimento fecundante para el futuro”<sup>43</sup>. Nos consta por los recuerdos y memorias de muchos de ellos que García Morente no se equivocaba.

No puede estar completa esta evocación de la Facultad de Filosofía y Letras de Morente sin una mención expresa de la primera promoción de licenciados en Filosofía que salieron de ella en junio del 36, pocas semanas antes del estallido de la guerra, que puso fin irremediablemente a la magnífica realidad que venimos describiendo. En esa promoción figuraban: Manuel Granell, Manuel Mindán, Leopoldo Eulogio Palacios, Francisco Álvarez, Emilio Benavent, Julián Marías y Antonio Rodríguez Huéscar. De ella escribe este último: “Ninguna generación de discípulos de Ortega se ha compenetrado con el maestro en el grado que la nuestra, y ello no por méritos especiales de esta generación, sino porque ninguna tuvo la suerte

---

<sup>42</sup> Rodríguez Huéscar (2020).

<sup>43</sup> “Fragmento de la memoria del crucero universitario por el Mediterráneo y el Próximo Oriente en el verano de 1933”, en García Morente (1996), pp. 376-388.

de vivir su magisterio en la sazón de madurez en que nosotros la vivimos, a lo largo de aquellos años que fueron también –y no es casual la coincidencia– los más felices y granados de la Facultad de Filosofía, aquellos en que por vez primera se ensayaba en España un nuevo estilo de vida universitaria que colocaba de golpe a nuestra Facultad *a la altura de los tiempos*<sup>44</sup>.

Todo esto, hay que recordarlo, gracias a la labor de muchas personas, pero sobre todo a la entrega generosa e inteligente de quien fue el decano de la Facultad: Manuel García Morente. “Para muchos”, dice Marías, “Morente ha sido durante cinco años –y en definitiva, para siempre ‘el Decano’”. El paso por un Decanato de Facultad suele ser un vano honor o, a lo sumo, una función administrativa, sin graves repercusiones personales. Morente fue Decano de la Facultad de Madrid de un modo inusitado, que no sé si tendrá par. Para él, su función directiva fue la plenitud de su vida intelectual. Morente ejerció durante cinco años su magisterio, no solo con sus capacidades personales de profesor, sino como alma de un cuerpo docente que iba logrando, día tras día, insólitas calidades<sup>45</sup>. Y desde París, en 1937, cuando todo era ya cosa del pasado, escribía Ortega a su amiga Victoria Ocampo: “Él [Morente] ha sido quien ha fraguado la nueva Facultad nuestra en Madrid, la cual, ahora que no existe, me atrevo a decir que era una verdadera maravilla; en ciertos respectos, algo hoy sin par en todo el mundo”<sup>46</sup>.

## 5. Lo que se ha perdido y lo que no

A menudo se dice que la Guerra Civil puso fin a la llamada Escuela de Madrid. Esto no es cierto. La Escuela de filosofía de Madrid siguió existiendo, porque, pese a las tremendas tensiones de la guerra y su desenlace, que las perpetuó e hizo todo lo posible por consolidar, enconar y enquistar la discordia, la comunión intelectual entre la mayoría de ellos se mantuvo y no solo siguieron trabajando, sino que muchos de ellos produjeron después la mayor parte de su obra. Lo que sí acabó, definitivamente, fue la Facultad de Filosofía y Letras de Morente; y no después de la Guerra, sino al iniciarse esta. Porque Ortega y Morente se marcharon en seguida a París, temiendo fundadamente por sus vidas. Zubiri, que estaba en Roma al estallar la contienda, se trasladó también a París y no volvió a España hasta que acabó, y para desarrollar a partir de entonces su labor intelectual fuera de la universidad. Morente también regresó, y se hizo sacerdote. Pero de la obra maestra que había sido la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid no quedó en la España de la posguerra ni rastro, al menos a nivel institucional. Porque la universidad franquista no fue, sobre todo en los primeros tiempos, ni sombra de lo que había sido la universidad de la República.

¿Se perdió todo? Se perdió mucho, muchísimo. Baste pensar, para hacerse una idea, lo que hubiera sido para la filosofía y la vida intelectual en general en España la continuidad de la Facultad, una Facultad en la que hubieran enseñado todavía durante décadas, no solo Ortega, que no murió hasta 1955, sino también Morente, Zubiri, Gaos, Zambrano, Huéscar, Marías, formando discípulos, dando el tono y estableciendo el nivel de la producción filosófica, por no hablar más que de la filosofía...

<sup>44</sup> Rodríguez Huéscar (1994), p. 55.

<sup>45</sup> Marías (1969), p. 483.

<sup>46</sup> AA.VV. (2008), p. 243.

La Facultad, como tal, se perdió. Pero sería un error pensar que la labor realizada por Morente fue por ello un fracaso. Con la guerra, no con su desenlace, insisto en ello, se impuso la antítesis de lo que significaba la Facultad de Morente, en la que convivían todas las tendencias políticas, entre alumnos y profesores. La Facultad era un modelo de convivencia intelectual, en los antípodas de lo que sería la Guerra Civil y el espíritu sectario e intolerante que se iba apoderado de no pocos sectores sociales ya durante la República. Las diferencias, que existían, no impedían, como hemos visto, la colaboración y la amistad. Junto a Zaragüeta y Zubiri, que eran sacerdotes, estaban, unidos por estrecha cordialidad, Besteiro o Gaos, que eran socialistas. Convivían en concordia y colaboración efectiva, hombres y mujeres de izquierdas y de derechas, religiosos y laicos, escolásticos, fenomenólogos y positivistas, militantes y apolíticos, unidos todos por el respeto y el aprecio mutuos, frecuentemente la amistad, la fe y el entusiasmo por una tarea común...

La Facultad de Filosofía y Letras fue de hecho algo tan vigoroso y auténtico que, en cierto modo, me atrevo a asegurar, sobrevivió a su destrucción. Siguió viviendo en sus integrantes dispersos; en Zubiri, en Marías, en Huéscar, que permanecieron en España; en Gaos, en Zambrano, en Granell, que marcharon al exilio; en el mismo Ortega, que gestaba todavía una parte considerable de su obra. El ideal de convivencia y de excelencia intelectual que encarnó la Facultad no murió del todo. Aunque hubo, sin duda, defecciones, entre los integrantes del Crucero pueden verse no pocos nombres de intelectuales en los que no es difícil entrever lo que podemos llamar el “espíritu” de la Facultad: Fernando Chueca, Luis Díez del Corral, Antonio Tovar, Jaime Vicens Vives... Algunos de los primeros licenciados en Filosofía de la Facultad serán luego destacados intelectuales, fuera de España, como Manuel Granell, o dentro de ella, como Rodríguez Huéscar o Marías, capaces de mantener el pensamiento filosófico al nivel en que lo había puesto la Facultad de Filosofía, con una vocación inquebrantable, a pesar de su forzado exilio interior, al menos desde el punto de vista institucional. La gran mayoría de ellos, incluso muchos de los que se plegarán luego a las exigencias del régimen de Franco, guardarán de la Facultad de Morente un recuerdo imborrable, más allá de lo que es propio de la nostalgia de los felices años de la juventud. Hasta los más críticos con la política de la República tienen que reconocer sus éxitos y aciertos en lo que se refiere a la enseñanza. Y entre todos ellos, según se dijo, ninguno tan completo como el de la Facultad de Filosofía de la que fue alma Manuel García Morente.

La Facultad sigue viviendo además en el recuerdo. Sigue viviendo en nosotros, los que renovamos la experiencia de ella en la distancia del tiempo y las circunstancias. Ahí está. Ni la guerra ni cuarenta años de ocultación y negación han podido borrar su recuerdo; un recuerdo que es para nosotros ejemplo de lo que un grupo de hombres inteligentes, con una pasión compartida por el pensamiento, una honda vocación docente, un ánimo generoso y abierto, y una voluntad decidida pueden llegar a hacer.

## 6. Referencias bibliográficas

- AA.VV. (1990): *Ortega y su tiempo*, Madrid, Ministerio de Cultura / Fundación José Ortega y Gasset.
- AA.VV. (1995): *Crucero universitario por el Mediterráneo [Verano de 1933]*, Madrid, Residencia de Estudiantes.
- AA.VV. (2008): *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República:*

- Arquitectura y Universidad durante los años 30*, Catálogo de la exposición celebrada Madrid del 18 de diciembre de 2008 al 15 de febrero de 2009, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Ayuntamiento de Madrid / Ediciones de Arquitectura, Madrid.
- Abellán, J.L., y Mallo, T. (1991): *La Escuela de Madrid: Un ensayo de filosofía*, Madrid, Asamblea de Madrid.
- Gaos, J. (1990): *Obras completas*, VI, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 249-257.
- Gaos, J. (1982): *Obras completas*, XVII, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 41-137.
- García Morente, M. (1996): *Obras completas*, I-2, Barcelona / Madrid, Anthropos / Fundación Caja Madrid.
- Granell, M. (1980): *Ortega y su filosofía*, Caracas, Equinoccio.
- Jiménez, A. (1971): *Historia de la universidad española*, Madrid, Alianza.
- Marías, J. (1969): *Obras, V*, Madrid, Revista de Occidente.
- Marías, J. (1989): *Una vida presente: Memorias I (1914-1951)*, Madrid, Alianza.
- Mindán Manero, M. (1995): *Testigo de noventa años de historia: Conversaciones con un amigo en el último recodo del camino*, Zaragoza.
- Ortega y Gasset, J. (2005): *Obras completas*, IV, Madrid, Santillana / Fundación José Ortega y Gasset.
- Ortega y Gasset, J. (2008): *Obras completas*, VIII, Madrid, Santillana / Fundación José Ortega y Gasset.
- Real, C. A. del; Marías, J.; Granell, M. (1934): *Juventud en el mundo antiguo*, Madrid Espasa Calpe.
- Rodríguez Huéscar, A. (1980): “Tomás Rodríguez Bachiller”, en *El País*, 30 octubre.
- Rodríguez Huéscar, A. (1994): *Semblanza de Ortega*, Barcelona, Anthropos.
- Rodríguez Huéscar, A. (2020): *Impresiones de viaje universitario por el Mediterráneo*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes; <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1047066>.